

SÁNCHEZ SUSARREY

➡ Debe destacarse el consenso que llevó a aprobar la reforma. Pero ni éste es la esencia de la democracia ni los cambios tocan los problemas principales.

La reforma

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

1. Lo bueno.
Se trata, sin duda, de un paso adelante. La aprobación por consenso, incluidos senadores y diputados del PRD y el FAP, constituye un hito. Hace unos meses parecía imposible. Sobre todo en el asunto del petróleo. Porque los mitos y los prejuicios de la clase política, particularmente de priistas y perredistas, bloquean la inteligencia. De ahí la importancia del acuerdo. López Obrador es, hasta ahora, el gran derrotado. Las diferencias en el PRD se agudizaron. El ala moderada selló su apuesta por los cambios legales en el marco de las instituciones. Es una victoria para Guadalupe Acosta Naranjo, quedó la tesis lopista de que a Pemex hay que salvarlo desde la Presidencia de la República, es decir, hasta que AMLO llegue a Los Pinos. Por eso se puede afirmar que el beneficio mayor es de orden político.

2. Lo malo.

La reforma es a todas luces insuficiente. Lo posible, en este caso, no resuelve lo urgente ni lo importante. El consenso impuso la lógica del mínimo común denominador. Todos los temas que provocaban tensiones o diferencias fueron eliminados. Poco quedó de la propuesta de Felipe Calderón que era muy moderada. Las ideas rectoras del senador Beltrones también fueron desechadas. Cada partido pudo y rasuró sus posturas para evitar conflictos internos. Los perredistas fueron particularmente acuciosos por el temor de provocar a López Obrador. Y en el PRI ocurrió otro tanto. Las corrientes más conservadoras y estatistas levantaron la voz y obligaron a retirar las ideas innovadoras. Así que para decirlo en pocas palabras: esta reforma privilegió el consenso sobre el contenido. Por eso no da solución a los problemas de Pemex. El balance, en ese sentido, es muy claro: si éste es el primer paso de una serie de transformaciones futuras, bienvenido; si no es así, más temprano que tarde las insuficiencias y las carencias de la nueva legislación confirmarán que los cambios fueron meramente cos-

méticos y no sirvieron para nada.

3. El mínimo común denominador.

Panistas, perredistas y priistas han echado las campanas a vuelo. La aprobación de la reforma, dicen, confirma que se pueden alcanzar acuerdos pese a las diferencias. Todas las fuerzas políticas supieron anteponer la razón de Estado a sus intereses particulares. Los tiempos del entrapamiento legislativo quedaron atrás.

Pero no, no y no. La verdad es otra. El consenso no es la esencia de la democracia y mucho menos una panacea. La esencia de la democracia es el pluralismo, el debate y el gobierno de la mayoría. Ningún régimen en ninguna parte del mundo puede operar bajo el principio del consenso. Y en caso de hacerlo terminaría empantanado

en la mecánica del mínimo común denominador. La historia reciente en México lo ejemplifica a la perfección. Las reformas de gran calado entre 1988 y 1994 fueron el efecto de un acuerdo entre el PRI y el PAN. Las minireformas de este sexenio obedecen a otra lógica y por ello son insuficientes. Lo que urge cambiar es un régimen político que no premia las alianzas de largo plazo ni consolida mayorías estables para gobernar. El principio del mínimo común denominador reedita el entrapamiento disfrazándolo de cambio y movimiento.

4. Ductos, aguas profundas y refinerías.

Hay tres indicadores que muestran y confirman que la reforma no tocó, siquiera, los problemas fundamentales. El primero de ellos se refiere a la prohibición de construir ductos privados para transportar la gasolina. Sin embargo, el transporte de la gasolina se realiza mediante pipas que son de empresas privadas. El ahorro que se habría generado con esa simple innovación hubiera ascendido a 2 mil 500 millones de pesos anuales. Segundo, el senador Beltrones fijó al inicio del debate petrolero la posición del PRI: no a la reforma constitucional, no a los contratos de riesgo, sí a las alianzas estratégicas con otras empresas. La tesis abría la posibilidad de que Pemex se asociara con Petrobras para explorar y perforar inmediatamente en aguas



Fecha 25.10.2008	Sección Primera - Opinión	Página 13
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

profundas. Pero tampoco pasó y el tesoro escondido ha quedado en el limbo. Tercero, la importación de gasolina asciende ya al 50 por ciento de consumo interno y la tendencia va en ascenso. La construcción de refinerías privadas que maquilaran el petróleo de Pemex era una solución financiera y técnica de ese problema. Pero también fue eliminada.

5. Cuando el futuro nos alcance.

Todo el mundo sabe, incluidos los diputados y senadores de todos los colores, que la reforma no resuelve los problemas importantes. Lo que no está claro es qué va a pasar en el futuro inmediato.

Un primer diagnóstico afirma que la caída de la producción de crudo será imparable y que en unos cuantos años México se volverá importador de petróleo, para no hablar de gasolina y otros hidrocarburos. La catástrofe que nos espera está a la vuelta de la esquina, en el entendido de que las

finanzas públicas están completamente petrolizadas (40 centavos de cada peso fiscal provienen de la renta petrolera).

Un segundo diagnóstico va en sentido contrario. El gobierno y Pemex, se dice, ya tienen localizados los pozos que pueden reciclar y un programa de exploración y perforación en aguas someras y en tierra para compensar la caída de la producción. Esta estrategia no resuelve el problema de fondo, pero permite mantener la producción durante unos 10 años. En ese lapso se podrán gestar nuevos cambios en la legislación y Pemex podrá ir a aguas profundas.

Sobra decir que el futuro del país depende de quién tenga la razón. Porque si el primer diagnóstico es el correcto en menos de lo que canta un gallo estaremos enfrentando la peor crisis de la historia.

6. López Obrador ha seguido su guión a pie juntillas. Primero exigió el debate en

el Senado y lo obtuvo. Luego impulsó su consulta patito para desacreditar la reforma. Ahora lanza a sus adelitas y monitos contra los diputados y los senadores. La coyuntura, sin embargo, no le favorece. El PRD se le salió del huacal. Y no sólo eso. El fantasma de la privatización de Pemex se desvanece por razones evidentes. Los mejores defensores de la reforma son los propios perredistas. Lopitos se ha quedado solo y por lo mismo se radicaliza cada vez más. Corre incluso el riesgo de quedar en el peor de los ridículos. Va cuesta abajo. Y, sin embargo, no hay que darlo por muerto. El panorama internacional e interno es muy complicado. Si la recesión mundial se mezcla con la crisis de las finanzas públicas, fundada en la caída de la producción de crudo y del precio del petróleo, estaremos en una situación límite. Y eso es, justamente, lo que espera López para resurgir como Ave Fénix.